

# Los ideólogos argentinos

## I - La política liberal y el ideologismo filosófico

El pensamiento filosófico que inspiró la emancipación americana fué el enciclopedismo: Rousseau, Voltaire, Quesnay, sus nombres simbólicos. Las dos grandes revoluciones, de Estados Unidos y de Francia, constituían los modelos de acción propuestos como ejemplos al entusiasmo de las nacientes democracias.

Terminada la gestación, y proclamada en 1816 la independencia nacional, una nueva orientación aparece en la cultura argentina, cuyas manifestaciones explícitas encontramos en la enseñanza filosófica iniciada en Buenos Aires. Es imposible comprender su sentido histórico si se ignoran sus antecedentes europeos.

El movimiento de los enciclopedistas, al ocurrir la Revolución francesa, se continuó por la escuela filosófica de los «ideólogos», iniciada por Condorcet, Sieyès, Roederer, Lakanal, Volney, Dupuis, Marechal, Naigeón, Saint Lambert, Garat, Laplace, Pinel, etc. En ellos reaparecen diversas influencias especiales de D'Alembert, Voltaire, Turgot, Helvecio, Rousseau, Holbach, Diderot, y más directamente las de Smith, Hobbes, Locke y Kant; pero, en el dominio propiamente filosófico y psicológico, los más de ellos siguieron las huellas de Condillac, cuyo «*Tratado de las sensaciones*» (1754) había sido el ensayo más sistemático para hacer derivar de la experiencia todas las funciones del intelecto humano.

La doctrina «sensacionista» de Condillac adquirió mayor importancia en los dos grandes representantes de la escuela ideologista: Cabanis y Destutt de Tracy. El primero le dió

una amplísima base fisiológica y natural; el segundo la desarrolló en el dominio de las llamadas ciencias morales. Los nombres más ilustres del pensamiento francés, entre 1789 y 1810, están directamente vinculados a la escuela ideologista. La reacción política y religiosa favoreció, poco después, el advenimiento de la escuela ecléctica, cuyos portavoces parecieron confabularse para hacer olvidar a los ideologistas; a punto estuvieron de conseguirlo. No se tendría una impresión global del valor de la escuela si F. Picavet, en 1891, no le hubiese dedicado una monografía sesuda y completísima.

Estos continuadores de los enciclopedistas, que en particular se amparaban en el «sensacionismo», son los que imprimieron un carácter propio a la naciente enseñanza superior argentina. Tres profesores de filosofía, Lafinur, Güiraldez y Fernández de Agüero, se impregnaron de Condillac por intermedio de Destutt de Tracy, cuyos «Elementos de Ideología» (1804) combinaban felizmente todas las tendencias enciclopedistas y fisiocráticas en torno de la doctrina de Condillac; dos médicos, Argerich y Alcorta, recibieron el sensacionismo a través de Cabanis, cuya influencia es evidente en ambos.

Los pacientes bibliófilos no han estudiado todavía, en detalle, de qué manera penetró Condillac en el nuevo mundo. El ejemplar de Destutt existente en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires corresponde a la tercera edición: París, 1817, en cuatro volúmenes; ignoramos que exista en bibliotecas particulares algún ejemplar de las ediciones precedentes. Ejemplares del «Tratado de las Sensaciones» de Condillac y de «Relaciones entre lo físico y lo moral» de Cabanis, no se sabe cuando llegarían a Buenos Aires. Es verosímil, sin embargo, que Argerich conociera el sensacionismo por Cabanis, médico como él cuya obra databa de 1802, y no por Condillac mismo; en cuanto a las lecciones de Lafinur, profesadas en 1819, es seguro que conoció a Destutt y no a Cabanis, siéndole desconocidas las obras de Condillac.

Los iniciadores de la enseñanza superior fueron lógicos con las ideas de la revolución argentina al propiciar desde la cátedra las doctrinas ideologistas; ellos representan, en lo filosófico, la continuación de los principios que en política y en

economía auspiciaron los enciclopedistas y fisiócratas. Si Moreno y Belgrano habían traducido a Rousseau y Quesnay para hacer la siembra de 1810, fueron consecuentes con ellos, Lafinur, Agüero y Alcorta, introduciendo a Destutt de Tracy y Cabanis desde la cátedra de filosofía. Por otra parte, — y eso es lo esencial — la enciclopedia había sido el instrumento de la demagogía política, aquí como en Europa; la ideología fué el del liberalismo gubernamental, que en Europa culminó en Napoleón y aquí en Rivadavia.

La nueva orientación de las ideas fué concomitante con la evolución de los sucesos políticos, favorable al partido liberal. No fué sencillo ni espontáneo ese resultado. Seis años de incoherencia habían sembrado alguna inquietud en los revolucionarios, que ya no juraban por Rousseau, ni siquiera por Moreno. Se vacilaba acerca de los mismos principios fundamentales. Una breve recordación de los acontecimientos nos mostrará que el propio régimen republicano estaba a punto de eucumbir.

El 24 de Marzo de 1816 se había reunido en Tucumán el Congreso Constituyente, convocado por el director interino Ignacio Alvarez Thomas. Los elementos de la oligarquía europea de Buenos Aires, afiliados a logias francmasónicas y hombres de liberalismo acentuado, pusieron en juego su influencia para que Juan Martín de Pueyrredón fuese nombrado Director Supremo, lo que ocurrió el 3 de Mayo de 1816. El Congreso, acoquinado por toda suerte de peligros civiles y diplomáticos, no atinaba a definir ninguna actitud fundamental acerca de las normas y del criterio con que se debía constituir el nuevo organismo político.

Un pensamiento era unánime: formar una sola nación, libre e independiente de España. Cuando el presidente del Congreso de Tucumán lo propuso, una aclamación general respondió por la afirmativa, con entusiasmo conmovedor.

Ese era el único punto sobre el que estaban de acuerdo los representantes de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Lo demás era el caos. Había dos fracciones monárquicas. La una pensaba fijar la dinastía en la familia de los Incas, contando con la inocente simpatía de Belgrano y con la cavilosa elocuencia del fraile Castro Barros; la otra miraba

hacia la corte de Portugal. Contra ellas — y más feliz casualidad que por sensata previsión — triunfaron los principios republicanos.

Desde la época de la reacción saavedrista bullía en muchas cabezas el pensamiento monárquico. Algunos seguían, con ello, las naturales inclinaciones de su educación colonial; otros se acomodaban a imitar el curso de los sucesos europeos. En todos, sin embargo, aparecía un enojoso desaliento por la incapacidad de los pueblos para la vida democrática, fracasando contra las huestes mestizadas todos los esfuerzos de la pequeña minoría europeizada.

Fracción democrática, no había otra que la de Buenos Aires, más acentuada que los liberales de gobierno, logistas todos y algunos monarquizantes. Al reunirse el Congreso, el conflicto entre las dos tendencias se acentuó. Hirvieron polémicas en todas partes. Los jóvenes revolucionarios seguían la tradición del partido morenista, acaudillados por don Manuel Moreno, Dorrego, Agrelo y otros exaltados que redactaban la «Crónica argentina», tras la responsabilidad aparente de un Pazos Silva (a) Kanki, tenido por muchos como autor de los turbulentos escritos contra los liberales moderados o de gobierno.

Frente a aquéllos, todos los viejos formados en el espíritu español coincidían con las tendencias monárquicas y teocráticas de los hombres de las regiones montañosas, desde Bolivia hasta Córdoba, a quienes se llamaba «altiperuanos»; en Buenos Aires era su portavoz periodístico el viejo monarquista Castro, que así coincidía con el sentimiento fanático de aquellas provincias, encabezado por Castro Barros. Los primeros eran argentinos con espíritu argentino; los segundos eran argentinos con espíritu colonial.

En cuanto al régimen federal o unitario, nadie se entendía sobre los nombres, aunque todos conocían las cosas. Los porteños, querían conservar para su provincia el puerto y la aduana de Buenos Aires, que los provincianos deseaban fuera poseído en común por todas las provincias. A esa preocupación económica, se agregaba otra esencialmente intelectual: los porteños pensaban ya con las novedades más recientes del liberalismo europeo, mientras los provincianos seguían pen-

sando con las rutinas más arraigadas del colonialismo español. Era el conflicto natural de dos sociedades, de dos épocas, de dos civilizaciones.

Los de Buenos Aires no eran unitarios, sino separatistas: «busquen los demás cómo entenderse, que nada queremos común con ellos; ni gobernarlos, ni que nos gobiernen». Los provincianos no eran federales, sino socios comanditarios: «todos tenemos derecho de participar en las ganancias y beneficios que se suman por el comercio común».

La montaña comenzó a predominar sobre el mar; toda hacia prever el sacrificio de los ideales republicanos. Momento hubo, en el Congreso de Tucumán, en que «el elemento legista y clerical» (1), que había afluído de las provincias, tuvo cierta preponderancia numérica e hizo peligrar el advenimiento de la república federal y democrática.

El 9 de Julio se produjo la declaración de la independencia. Pueyrredón salió en seguida de Tucumán para Buenos Aires, anheloso de calmar la agitación de espíritus reinante y dispuesto a eludir todo compromiso con los monarquistas, que por boca del diputado Acevedo, el 12 de Julio, proponían que se adoptara la monarquía, radicándola en la dinastía de los Incas, y se transportara al Cuzco la capital de la nación!...

En Buenos Aires se recibían con asombro esas noticias de Tucumán. Pueyrredón y los liberales no sabían qué partido tomar. La oposición democrática renegaba de toda fraternidad con los reaccionarios clericales y altopernanos. El 15 de Noviembre el Supremo Director decretó la expatriación del coronel Dorrego. El 17 de Enero de 1817, Pueyrredón trasladó a Buenos Aires el Congreso. El 13 de Febrero mandó arrestar a los redactores de la «Crónica». El 12 de Mayo se reunió el Congreso Nacional. El 3 de Diciembre se sancionó el Reglamento provisional del Estado.

La república y el liberalismo se habían salvado, a tropezones. Nadie sabía si desconfiar de sus amigos o entregarse a sus enemigos. Algunos volterianos eran monárquicos; ciertos católicos eran demagógicos. Se hablaba de herejes y de impíos.

---

(1) — Mitre, «Hist. de Belgrano» II, 308.

aplicando los términos viejos para juzgar los defectos nuevos; algunos apoyaban al gobierno liberal de Pueyrredón, pero no querían solidarizarse con los logistas que lo sostenían, dejando entrever su futura oposición a Rivadavia. El caso más representativo es el de Castañeda, que aprovechó una ceremonia de la congregación del alumbrado, para pronunciar una oración en que prevenía los estragos de la impiedad, de la ignorancia y de la corrupción moral, a la vez que exhortaba a la práctica de las virtudes civiles y religiosas. Examinando los efectos de la irreligiosidad en las naciones, sostuvo Castañeda que los pensamientos irreligiosos eran impolíticos y que todo atentado contra el cristianismo era un atentado contra la sociedad; de allí, dirigiéndose a los logistas, se encaraba con sus maestros remotos: «El amigo Volter, el amigo Juan Santiago, si quieren que los sigamos, muéstrennos primero cuáles y cuántos fueron los pueblos que fueron felices siguiendo sus máximas curiosas; pero entretanto déjennos vivir sujetos a la segura máxima del Evangelio en la que Jesucristo nos manda que busquemos primero el reino de Dios y su justicia, confiado en que todo lo demás se nos concederá» (1).

Muy luego Castañeda se lanzó a la prensa para polemizar con «El Americano», que acababa de constituirse en campeón de las ideas filosóficas más avanzadas, al paso que abogaba por la supresión de los conventos y de las comunidades religiosas; y llevara la parte mejor en la destemplada riña de injurias y sandeces, a no intervenir con vena mejor inspirada don Juan de la Cruz Varela, que en páginas brillantes defendió el espíritu laico y revolucionario del enciclopedismo. Poco tiempo después, Varela, en «El Centinela», asumiría la dirección periodística de la campaña liberal, comentando con ingenio y doctrina la reforma rivadaviana.

Pronto, muy pronto, cambiarían de tono los defensores del viejo régimen. El triunfo republicano liberal conduciría al unitarismo rivadaviano, concebido y realizado como europeísmo contra la resistencia gaucha, como liberalismo contra la corrupción clerical, como nacionalismo contra las oligarquías, como argentinismo contra el alma hispano-colonial.

(1) — Saldías: «Vida y escritos del Padre Castañeda», 42.

## II - Del enciclopedismo al ideologismo

En Junio de 1817 el Supremo Director Pueyrredón comisionó a los ministros López y Trillo para que verificasen e informaran sobre el estado de la enseñanza pública en Buenos Aires, indicando los medios propicios para su fomento y reorganización.

El Colegio de San Carlos agonizaba desde los días de Mayo. La renovación de las ideas había sido lenta y difícil entre sus profesores; el claustro no seguía el paso de la política. Desde que comenzó a hablarse de independencia y de gobierno propio, habíanse admitido entre la minoría culta de Buenos Aires las direcciones filosóficas que habían conducido a la Revolución Francesa; en cambio, en el San Carlos, aún después del 25 de Mayo, seguía enseñándose con el espíritu medioeval introducido por los teólogos peninsulares. Por eso, a medida que fué consolidándose el nuevo régimen argentino, los alumnos comenzaron a desertar de las aulas donde se enseñaban cosas sin interés civil; ante los nuevos caminos abiertos a la actividad ciudadana, ningún joven quiso estudiar para clérigo, y varios argentinos que ya lo eran colgaron los hábitos y se mezclaron a la política liberal. La asistencia de escolares fué disminuyendo; muchos profesores tuvieron que cerrar sus clases.

La nacionalidad nueva exigía un espíritu nuevo en la enseñanza. El Triunvirato y la Asamblea de 1813 habían intentado reabrir los estudios, no encontrando para ello oportunidad propicia. «Así fué que, desde 1813 a 1816, la instrucción pública estuvo abandonada a la acción espontánea del convento de San Francisco, donde los frailes mantenían una escuela primaria numerosísima, dos aulas de mala latinidad o más bien dicho de jerga, y una aula de filosofía reducida a la dialéctica, al estudio de las cuestiones diplomáticas, y de las contradicciones de las doctrinas hipotéticas formulada por las diversas sectas o escuelas del peripato, sin ninguna clase de enseñanza positiva cuya base fuese el estudio de los hechos naturales o sociales» (1).

(1) — Lopez: «Hist. Arg.», VII, 597.

Sólo estaban en pie la escuela de dibujo de Castañeda, la de matemáticas de Senillosa y las tres escuelas particulares de Sánchez, Acosta y Robles.

El 15 de Junio de 1818 el Supremo Director dispuso la creación de un colegio de estudios clásicos, ampliando las bases del colonial San Carlos, muerto de inadaptación al ambiente argentino: el 16 de Julio, «día en que se celebraba el aniversario de la declaración de la independencia», con una semana de retraso o postergación, fué inaugurado con cierta solemnidad, con el nombre de Colegio de la Unión del Sud. En 1821 se refundió en el Departamento de ciencias preparatorias de la universidad, conservando su anterior denominación hasta Mayo de 1823; en esta fecha fué organizado con el nombre de Colegio de ciencias morales (por haberse decretado la fundación de un Colegio de ciencias naturales, que no se llevó a cabo), para que sus alumnos siguieran los cursos de la Universidad fundada en Buenos Aires, por decreto que llevan las firmas de Martín Rodríguez y Bernardino Rivadavia (1).

El nuevo colegio — con sus dos nombres sucesivos — vió seguirse en la misma aula a los tres iniciadores de la enseñanza filosófica argentina: Juan Crisóstomo Lafinur, apóstol inquieto, Juan Manuel Fernández de Agüero, razonador y sistemático, y Diego Alcorta, doctrinario prudente.

Menos estrecho de horizontes, y tolerando alguna discusión frente al tradicionalismo colonial — no obstante fuera su primer rector el dogmático doctor Domingo V. Achega, más tarde complicado en las conspiraciones reaccionarias de 1823 y desterrado por el gobierno argentino — el colegio de la Unión del Sud presenció, en 1819, la secularización del aula de filosofía, que se llamó de «Ideología» durante 30 años. Abierto un concurso para proveer la cátedra, Juan Crisóstomo Lafinur (1797-1824) la obtuvo en brillante competencia con Luis de la Peña y Bernardo Vélez. Apartóse, desde el pri-

---

(1) — Juan M. Gutiérrez: «Origen y desarrollo de la Enseñanza Pública Superior en Buenos Aires». Esta monografía reúne los principales documentos y datos biográficos sobre esa época, sucesos y personas.



mer momento, de la enseñanza que giraba en torno del malo e incompleto Aristóteles anterior al renacimiento. «Discreto discípulo de los enciclopedistas», quiso propagar sus ideas con más entusiasmo que prudencia, encontrándose frente al pasado, encastillado en su rutina secular», dice su biógrafo y agrega que sólo se propuso, siguiendo en lo esencial a Condillac, «difundir las ideas de Bacon, Locke y Descartes, de Galileo y de Newton, contra la filosofía hueca de sentido que pretendía aún mantener la mente humana en los viejos moldes del estéril escolasticismo» (1). Sus clases fueron sobremano inquietantes, acaloradas por su elocuencia de poeta joven; sus opiniones sobre el «origen de las ideas» motivaron controversias y produjeron algún escándalo entre los que ignoraban los estudios florecientes en Europa, que intentaban explicar la actividad mental en relación con las funciones cerebrales, según la escuela de Cabanis.

En la «función literaria» del año 1819, los alumnos de la primera parte del curso de filosofía fueron sujetos a un examen de sus estudios, «que comprenden la ciencia del hombre físico y moral, y de sus estudios de sentir y conocer». El breve programa, calcado en algún sumario de Cabanis o Tracy, se titula «Ideología», y dice su primer párrafo: «Demostramos la necesidad de recurrir a esta ciencia para asegurar la certidumbre de nuestros conocimientos. Si la lógica es el *arte de encontrar la verdad*, ella, como todo arte, debe reposar en una base científica. De donde deducimos que la parte técnica del discurso, que hasta ahora se ha llamado lógica, o más bien, estudio de las fórmulas, no es más que un arte de sacar consecuencias de principios desconocidos, o no bien averiguados. Examínase, ¿qué cosa es pensar? Esta palabra explica todo para nosotros: es decir, todos los actos del entendimiento y de la voluntad. La naturaleza enseña a los hombres el arte de pensar. Nosotros no hacemos más que observarla para reglar nuestros actos intelectuales. Establécese el *método analítico* para proceder». A continuación se expre-

---

(1) — Juan W. Ges: «El Dr. Juan Crisóstomo Lafinur», Buenos Aires, 1897.

san los principios corrientes del sensacionismo, tal como lo interpretaba la escuela ideologista.

Por lo poco de él que ha llegado hasta nosotros, Lafinur muestra más entusiasmo que precisión al exponer las doctrinas de la escuela ideologista. Esta, lo mismo que los psicólogos de la enciclopedia, se apartaba de Descartes en el punto mismo en que éste es corregido por Condillac; si el cartesianismo se mantenía en cuanto se refería al método, el sensacionismo no dejaba en pie su doctrina del alma. El método se refería a las ciencias; las doctrinas del alma eran el eje mismo de la filosofía, en cuyo terreno los ideologistas no pudieron aceptar a Condillac sin renegar a Descartes. Cuestión fundamental es ésta, y Lafinur no la comprendió explícitamente; su «Curso de ideología», aunque inspirado por Tracy — cuyo tratado parece constituir su principal, si no única, lectura — no alcanzó la precisión y el espíritu netamente ideologista que logró infundirle su sucesor.

Algunos fragmentos inéditos del curso de filosofía de Lafinur han sido publicados por Juan M. Gutiérrez, con la siguiente nota:

«En la historia de la enseñanza universitaria nada será tan importante como descubrir las huellas de los maestros de Filosofía. Las doctrinas de éstos influyen poderosamente en la formación del juicio y de los sentimientos morales de la juventud. Los esfuerzos que hemos hecho para reunir los textos de Filosofía dictados en el Colegio San Carlos y en la Universidad posteriormente, no han sido del todo infructuosos, pues poseemos los que dictó el doctor don Manuel Agüero en 1805 y en 1822, el primero en latín e inédito, y el segundo impreso en español a expensas y por mandato del gobierno. Poseemos también el curso inédito redactado por el doctor don Diego Alcorta, y una rara casualidad ha puesto en nuestras manos el presente, dictado por don Juan Crisóstomo Lafinur, durante los años 1819 y 1820. Este trabajo es curioso bajo varios aspectos. En nuestro concepto, él señala la transición entre el escolasticismo en que se educó el autor en Córdoba, y las doctrinas y métodos en que le iniciaron las lecturas superficiales que hizo en Buenos Aires de las obras

de Condillac, de Locke y de Destutt Tracy, de Capmany y de Hugo Blair...

«Nos hemos tomado la molestia de copiar estas lecciones por nuestra propia mano para restablecer un tanto la propiedad de los nombres y de la nomenclatura técnica, ultrajados hasta donde no es creíble por un estudiante inexperto, a quien debemos, sin embargo, el manuscrito que tenemos a la vista. Esta penosa tarea ha sido aliviada con la consideración de que contribuíamos, sin más caudal que el de la paciencia, a salvar de una pérdida muy probable el esfuerzo generoso de un hombre de talento, para sacar a la Filosofía de entre la basta jerga en que andaba todavía envuelta entre nosotros al iniciarse las reformas de todo género que siguieron a las desgracias sociales del año 1820. No creemos, sin embargo, que este esfuerzo merezca hoy en su totalidad la luz pública; pero sí le consideramos digno de llamar la atención de quien en lo sucesivo se ocupase de estudiar la marcha social paralelamente con la doctrina a la moda en nuestras escuelas» (1).

Estas últimas palabras de Gutiérrez se dirían escritas para sugerir un trabajo como el presente.

El rector Achega dió en hostilizarle dentro y fuera del colegio. Su exaltado celo religioso, netamente contrario al espíritu liberal que desde Moreno hasta Rivadavia presidió a la revolución argentina, había tenido ya oportunidad de manifestarse; siendo provisor del obispado pretendió, en dos ocasiones, que se restringiera la libertad de imprenta y que se instaurase la previa censura eclesiástica para las obras teatrales. En ambas oportunidades fué desatendido, no obstante la consideración personal que disfrutaba ante el directorio. Para obstaculizar a Lafinur, estimuló una violenta campaña de prensa; acusado de materialismo, éste sostuvo en el «Argos» una calurosa polémica. El famoso fray Francisco Castañeda no le negó sus alfilerazos envenenados, aunque llegaron después a reconciliarse; advirtamos de paso, que el mismo Castañeda profesaba algunas opiniones completamente

---

(1) — Ob. Cit. — Parte I, Cap. III, Ap. 7. (Reedición de «La Cultura Argentina».)

sensacionistas y heréticas, pues en su alocución inaugural de la nueva Academia de dibujo llegó a decir que «es axioma común recibido entre los filósofos que nada hay en nuestro entendimiento que no se halle trazado en el sentido». En los salones, que tanto había honrado como poeta, fué subrepticiamente hostilizado. Tuvo algunos partidarios y defensores; fué inútil. El rector Achega consiguió obligarlo a salir de Buenos Aires.

San Martín, vencedor en Chile, había instado a Pueyrredón y a su propio sucesor en Mendoza para que se instalase allí un Colegio «de ciencias, especialmente exactas y prácticas, que fuera un modelo en su género, por la construcción adaptada del edificio, por la reglamentación de los estudios, por la disciplina y por el lustre de los maestros». Cien estudiantes de todas provincias, y de Chile, se hallaban allí a fines de 1818, bajo la dirección del virtuoso presbítero José Lorenzo Güiraldez.

Curioso es advertir que éste — como más tarde Julián Segundo Agüero, Valentín Alsina y otros — se entregaban a la propaganda de ideas heréticas, sin que para ello le estorbara su investidura religiosa: el espíritu revolucionario los arrastraba a seguir los intereses de la «argentinidad» antes que los del dogmatismo católico. En el colegio de Mendoza «faltaba, como se ve, la teología; y esta falta revelaba ya un progreso tanto más evidente en las ideas de los que habían dirigido la fundación de este establecimiento, cuanto que la enseñanza de la filosofía en manos del rector Güiraldez estaba calcada sobre el método de Condillac, y tomaba por punto de partida, como este grande maestro, la observación experimental y la sensación» (1).

Allí Lafinur renovó su enseñanza de filosofía sensacionista, apasionando a la juventud y al pueblo entero, que a poco se dividió en dos bandos: liberales y obscurantistas. Sobrevinieron nuevas polémicas, cuyo eco llegó hasta la prensa de Buenos Aires, pero la persecución de los teólogos coloniales no cesó hasta conseguir su destierro. Su actuación en Mendoza es una

1) — Lopez: «Hist. Arg.», VII, 808.

página brillante de nuestra historia educacional. Pasó a Chile en momentos de agria disputa entre reaccionarios y liberales; después de doctorarse allí en ambos derechos (1823), tomó la pluma en servicio de sus ideas. Por poco tiempo, sin embargo; falleció en 1824, habiendo vivido intensamente sus veintisiete años, resobrándose de ilustración, de fantasías y de luchas, cosechando las amarguras que todo innovador provoca y acepta.

Las lecciones de Lafinur estimularon en Buenos Aires una interesante agitación de ideas poniendo de manifiesto otros dos nombres, diversamente orientados: Alejo Villegas, veterano de las aulas cordobesas y último profesor de filosofía en el San Carlos (1816-1818), y Cosme Argerich, fundador de la Escuela de medicina (1802).

El doctor Villegas, que anteriormente había dictado su curso de conformidad con las doctrinas escolásticas, comenzó a leer por esos años los escritos franceses de la época de transición entre el ideologismo y el eclecticismo. En Francia la reacción política había favorecido la campaña contra el primero y el advenimiento del segundo. Desde 1811 Royer Collard comenzó sus cursos en la Sorbona, oponiendo a las doctrinas de Condillae la filosofía escocesa de Tomás Reid; el mismo Laromiguière, antes vinculado al movimiento ideologista, se apartó de él a medida que avanzaba en años, publicando sus «Lecciones de filosofía o ensayo sobre las facultades del alma» (1815-1818), en que la transición al eclecticismo asume caracteres definidos. En estas fuentes, para su tiempo recientísimas, se informó Villegas, encontrándolas más compatibles con su cultura tradicionalista que el sensacionismo de Cabanis y Tracy. Estaba entregado a esas lecturas cuando Lafinur alborotó el colegio y la ocasión le pareció excelente para atacar al sensacionismo en la persona del joven catedrático; contra su «doctrina de las ideas» — que era un modesto trasunto de Condillae filtrado por Tracy — repitió Villegas los argumentos espiritualistas del naciente eclecticismo, con lo que vino a reproducirse en pequeño, en Buenos Aires, la disputa entre las dos escuelas, que arreciaba ya en París.

En una función literaria (documentada por Gutiérrez) le respondió Lafinur; y a no mediar, con grandísima ilustración y serenidad, el doctor Argerich, habría continuado la reyerta. Siguiendo el curso natural de sus nuevos estudios, Villegas alcanzó a tomar conocimiento de Cousin, sin que haya dejado escritos de consideración, que permitan valorar con exactitud sus méritos.

El 26 de Septiembre de 1819 el doctor Cosme Argerich publicó en «El Americano» una breve y brillante carta que puso en quicio la polémica, dando a Lafinur la ocasión de explicarse. En la función literaria, celebrada seis días antes, el profesor había expuesto sus doctrinas contestando a Villegas. Como de ello vinieran nuevos trastornos, Argerich empleó su autoridad de hombre docto y virtuoso en favor de Lafinur. Su escrito contiene la siguiente confesión de fe: «Estoy bien persuadido que los sentimientos y principios del señor catedrático Lafinur, a quien aprecio infinito por su literatura y buen gusto, son los mismos que yo sigo, y que nada de lo que llevo insinuado le puede tocar ni remotamente; pero si es permitido a un hombre de honor y de alguna edad proponerse a sí mismo por modelo, podría hacerle presente que, enseñando a mis discípulos la fisiología, ha ya once años, en la discusión del análisis del entendimiento les expliqué estas mismas opiniones perfeccionadas con la lectura de Cabanis y Destutt de Tracy, etc.» Esta precisa declaración nos dice que el sensacionismo tuvo, desde 1808, un partidario en la cátedra argentina. Y, como es natural, había sido un médico y no un teólogo.

Fuera de ese escrito nada conocemos de Argerich. Fácil es, sin embargo, inferir que su adhesión al ideologismo le vino leyendo a Cabanis, aunque más tarde conociera la obra de Tracy. Hay para ello dos razones. Argerich cultivaba la filosofía en su carácter de médico, y es natural que leyese a Cabanis que, por ese entonces, había dado a los estudios médicos-psicológicos una boga no alcanzada en ningún otro tiempo. Además, mientras las obras más notorias de Cabanis son muy anteriores a 1809, fecha en que Argerich comenzó a enseñarlas, las principales de Tracy, que era un continuador de Ca-

banis, sólo pudieron llegar a Buenos Aires con alguna posterioridad.

Este ilustre médico y filósofo, nacido en Buenos Aires por el año 1860 (?), hizo sus estudios profesionales en España, poco antes o en la misma época que Manuel Belgrano; fué nombrado en 1800 por el gobierno peninsular para sustituir al doctor O'Gorman, cuando se fundó la Enseñanza de la Medicina, cuyos cursos fueron inaugurados por Agustín Eusebio Fabre y el propio Argerich. Este regresó al país enteramente conquistado por las ideas liberales reinantes entre la juventud peninsular; siendo gran lector y curioso de novedades, pasó naturalmente de los enciclopedistas a los ideólogos, encontrando en las doctrinas de Cabanis una cabal concordancia de sus inclinaciones médicas y filosóficas. Poco sobrevivió a sus brillantes palabras en defensa de Lafinur, que fueron su testamento científico. El 14 de Febrero de 1820 falleció en Buenos Aires.

### III - La época de Rivadavia

El año 20 las campañas se estremecían por el alzamiento de las montoneras gauchas y de las tribus indígenas; las ciudades del interior se despoblaban de las diez o cincuenta familias blancas que en cada una de ellas había; cada provincia iba en camino de ser un feudo, disputado por varios señores feudales; la nación, el organismo de conjunto, había desaparecido como entidad efectiva y aún como simple esperanza.

Las huestes mestizadas, a la rastra de los caudillos, habían llegado hasta Buenos Aires, cuya burguesía decente tembló un año entero sin saber de fijo quién la gobernaba: Pueyrredón, Sarratea, Balcarce, Soler, Alvear, Dorrego, y diez más.

En Agosto se eligió una nueva Junta de Representantes, que un mes después puso el mando en manos de Martín Rodríguez. Triunfaba así, en Buenos Aires, plenamente, el partido directorial; para ello había contado, en primer término, con el apoyo de Dorrego y Rosas. Después del motín de Pagola,

el gobierno adquirió una relativa estabilidad, aislándose de hecho de las provincias disgregadas.

Los mismos elementos que habían gobernado en 1814 y 1817 se agrupaban ahora para reconstituir un nuevo partido liberal. Era, pues, la fracción morenista la que volvía al poder, aunque sin las intransigencias que la habían caracterizado en tiempos de Moreno, Monteagudo o Alvear; era más bien el partido liberal de los logistas, el de la época de Pueyrredón, más mitigado talvez, a punto de que podía encabezarlo Rodríguez, que diez años antes había sido adicto a los Saavedra y los Rondeau.

El espíritu de la clase ilustrada de Buenos Aires había evolucionado en sentido aún más radical que el de sus propios gobernantes. El ambiente, con los gobiernos de Rodríguez y Las Heras, se preparaba para grandes reformas, a pesar de que protestasen los conservadores, «apoyados en las tradiciones coloniales, sin perjuicio de su adhesión a la independencia nacional». En la tertulia de Luca se comentaban las ideas de Bentham y de Benjamín Constant. Tenían vara alta Juan Bernabé Madero, de la escuela de Campomanes y del fisiócrata Campillo, y Santiago Wilde, pariente y discípulo estimado del filósofo positivista James Mill, padre de John Stuart Mill; y para que todo no fuera grave en la amable reunión, se recitaba «*El prodigio de los hábitos talares*, crítica aguda de la inutilidad del clero». Se leía en Buenos Aires a Bentham, Blakestone, B. Constant, Guizot, Madame Stael y, entre los autores españoles, a White, Mora y Canga Argüelles. No sorprende, pues, que Lafinur y Argerich profesaran abiertamente las doctrinas de Condillac, ni que Agüero los excediera pocos años más tarde; sorprendente es que la reacción de los teólogos dogmáticos, secundados por algún religioso antiliberal como Castañeda, consiguiera desterrar del aula a profesores que interpretaban el sentimiento de la clase culta y directiva.

Justo es decir que la llamada «época de Rivadavia se inició, de manera bien definida, antes de que el futuro estadista regresara de Europa y por mérito principal de Rodríguez; pero fué tan significativa su ulterior actuación, que



no hay error ni injusticia en dar su nombre a todo un orden de ideas y de sucesos que se dilató antes y después de la fecha de su participación en el gobierno.

Ya, como secretario del Triunvirato (1812), había definido su personalidad progresista y liberal, estimulando el incremento de la instrucción pública. Pero sus ideas habían adelantado en diez años, sobre todo en política social; cuando ocupó el ministerio, en 1821, Rivadavia tenía las orientaciones necesarias para ser un gran innovador, acaso prematuro.

«Rivadavia había sido con Pueyrredón miembro del Triunvirato que sofocó la conjuración de Alzaga, y que se vio obligado a hacer frente a las aciagas consecuencias de la derrota de Huaquí. Con esos y otros antecedentes de importancia había dejado bien sentada su reputación de estadista firme y de administrador irreprochable. Bajo el punto de vista de sus costumbres privadas, era de una pureza que no habría bajado de una línea comparada con la de Washington o Franklin. Rivadavia volvía ahora trayendo prestigiado su nombre con una residencia de seis años en Europa, que había aprovechado cultivando allí el trato de los publicistas de talento que daban el tono al movimiento liberal de la Francia. En ese vasto campo había podido refinar sus luces, comprobar los hechos; y mediando su natural arrogancia, y la conciencia (no siempre cauta), que tenía de su mérito, hizo girar en derredor suyo las aspiraciones del partido neo-directorial en cuyas filas había militado siempre. Si antes había sido uno de los hombres más notables del país, en 1821 fué recibido como el primero entre ellos. Su persona se hizo tan contagiosa que gran porción de los hechizados hizo suyos sus enfáticos modales. El círculo del gobernador, la clase dirigente, la Cámara, la tertulia de Luca, el partido entero de las dos épocas directoriales, lo reconocieron como el punto céntrico del nuevo movimiento social, por una especie de asentimiento patriótico, completamente ageno al espíritu de partido, que es por cierto el mayor elogio que puede hacerse de aquella época feliz, en que el nivel de las clases dirigentes no se había democratizado arrastrándose al fango de las corrientes posteriores, don-

de se han ahogado con su obra los autores mismos de esa generación de las virtudes nacionales» (1).

Uno de los primeros pensamientos del nuevo gobierno liberal, fué reanudar los esfuerzos por la erección definitiva de la Universidad, hasta verla cumplida; el edicto, de Agosto 9 de 1821, lleva las firmas del gobernador Martín Rodríguez y del ministro de gobierno Bernardino Rivadavia. El acto público de su inauguración se efectuó tres días después.

Rivadavia era un teórico, como los que en Francia acababan de ser llamados «ideólogos», inspirándose, como ellos, en la corriente filosófica de los «ideologistas» que sucedió a la de los «enciclopedistas». Políticamente, Rivadavia tenía fija en su memoria la actuación de Carlos III, que fué, en cierta manera, su modelo. Su cultura era compleja y poco homogénea. El economismo de Raynal y el liberalismo de Benjamín Constant, orientaban sus ideas; leía a Madame de Staël; había sido amigo personal de Bentham y regresaba de París deslumbrado por la literatura de Chateaubriand. Su obra política y cultural fué un trasunto de esas influencias.

La inauguración de la Universidad es «uno de los tres momentos más teatrales de su ministerio», que dice López; la instalación de la Sociedad de Beneficencia y la discusión de la Reforma eclesiástica, son los otros dos. Actuando en esos tres episodios su personalidad adquiere los perfiles definitivos con que entra a la historia.

Tras el breve paréntesis de un viaje, Rivadavia regresó a Buenos Aires el 16 de Octubre de 1825; cuatro meses después, el 7 de Febrero de 1826, fué electo Presidente. Su único error, en esa hora, fué asumir la responsabilidad de curar a un enfermo insanable, con una pompa de taumaturgo que no cuadraba a la sencillez del caso perdido.

La obra política y cultural de Rivadavia fué estudiada con amor por don Andrés Bamas, cuyos doctos comentarios han sido complementados en excelentes prólogos críticos (2).

(1) — López: «Hist. Arg.», IX, 62 y sig.

(2) — Andrés Bamas: «Rivadavia», «Las leyes agrarias de Rivadavia». (3 volúmenes editados por «La Cultura Argentina»). Prólogos de Alvaro Melián Leblaur.

Toda la sociedad sufrió el influjo de ese enaltecimiento de las fuerzas morales e intelectuales; antes del año 1826, habían formado en Buenos Aires asociaciones de alta cultura: la Lancasteriana, la de Ciencias Exactas, la de Medicina, la de Ciencias Físicas, etc. Las tendencias sociales fueron, sin embargo, el aspecto más interesante de su labor administrativa, representadas por la reforma de la legislación agraria; ellas renacen en el grupo de los sansimonianos argentinos, que así mantienen la «continuidad» del espíritu innovador y revolucionario a través de la reacción colonial y clerical de Rosas.

Resistido por todas las gentes rutinarias, no pudo mantenerse mucho tiempo en el gobierno, ni acabar el vasto plan de reformas que inició con admirable firmeza y conforme a preceptos marcadamente progresistas. Su reforma eclesiástica, sabiamente inspirada y justificadísima, atrájole rencores que intentaron ensombrecer sus méritos. Mitre, con juicio sereno, pudo enunciar su programa y juzgarle en esta sentencia que ha recogido la posteridad, como su más alto título en la evolución cultural argentina: «Este programa enciclopédico y racional, que fué llenado, señala la más luminosa explosión de los conocimientos humanos entre nosotros, y es el punto de partida del sólido sistema de educación que definitivamente hemos adoptado, dándole por base la ciencia positiva, sin la cual todo debe ser estéril».

Rivadavia fundó la libertad de imprenta sobre bases más amplias que las de Moreno; abrió escuelas en la ciudad y la campaña; reglamentó los estudios de la Universidad y trajo profesores europeos; inauguró el Colegio de ciencias morales y la Facultad de medicina; fomentó, cuantas pudo, iniciativas culturales, predicando que los pueblos ilustrados son siempre más poderosos que los ignorantes.

Fué Rivadavia el hombre representativo de la minoría culta que continuaba la tarea, iniciada por Moreno, de dar una mentalidad nueva a la nación que se constituía: substituir al españolismo la «argentinidad». Sarmiento así lo juzga: «Rivadavia era la encarnación viva de este espíritu poético, grandioso, que dominaba la sociedad entera. Rivadavia, pues,

continuaba la obra de Las Heras en el ancho molde en que debía vaciarse un gran Estado americano, una república. Traía sabios europeos para la prensa y las cátedras, colonos para los desiertos, naves para los ríos, intereses y libertad para todas las creencias, crédito y Banco nacional para impulsar la industria; todas las grandes teorías sociales de la época para modelar su gobierno; la Europa, en fin, a vaciarla de golpe en la América y realizar en diez años la obra que antes necesitara el transcurso de siglos. ¿Era quimérico este proyecto? Protesto que no. Todas sus creaciones subsisten, salvo las que la barbarie de Rosas halló incómodas para sus atentados» (1).

«No tardó mucho en sentirse los primeros síntomas del sentimiento reaccionario que se escondía en el fondo de la burguesía tradicional» (2).

«Con estas medidas, y en la seguridad de que el gobierno preparaba una completa y decisiva reforma del estado en que se hallaba el clero regular y seglar, comenzaron a agitarse las opiniones en pro y en contra: no tanto por sincero espíritu religioso, pues no lo había, ni podía ser tenido por tal el candor con que la gente vulgar veneraba el hábito y los mamarrachos que lo profanaban, cuanto por los intereses bastardos de la oposición política que aprovechaba ese pretexto para justificar su aparición» (3).

Los móviles que habían inspirado la Reforma, además de los puramente policiales e higiénicos, eran sencillos y legítimos. «Dando satisfacción a las exigencias de la civilización, a las conclusiones de la filosofía, a los principios de la Economía Política, el gobierno emprendió enérgicamente la Reforma Eclesiástica, para secularizar las Ordenes monásticas, suprimir los bienes de mano-muerta; y, sobre todo, para unificar el espíritu público, apartando los intereses divergentes y dañosos de aquellas clases reglamentadas que formaban verdaderas castas por el «votos», y que no sólo despojaban al

(1) — Sarmiento: «Facundo», 115.

(2) — Lopez, IX, 40 y 41.

(3) — Lopez, IX, 124 y 125.

progreso social de un contingente valiosísimo de aptitudes, sino que formaban cuerpos privilegiados de holgazanes, reacios a la ley común y al adelanto administrativo. Sobre estos mismos principios y propósitos, se fundó también la ley de la tolerancia religiosa y la declaración posterior de la Libertad de Cultos» (1).

Es necesario insistir en que la minoría ilustrada de Buenos Aires, la «burguesía decente» que desde 1810 constituía la clase revolucionaria, era abiertamente liberal en materia religiosa, aunque no lo ostentara por no molestar a los viejos coloniales y por no dar mal ejemplo a las masas ignorantes, para las que se consideraba la religiosidad como un freno.

Revelan grande ignorancia — cuando no mentira deliberada — aquellos escritores que discurren de la participación del clero criollo en la independencia nacional como si ello implicara una vinculación de los sentimientos católicos con los sentimientos argentinos. Grave es tal error, que haría juzgar erróneamente la reforma de Rivadavia. El clero de la revolución sólo era clero porque antes de ser argentino había estudiado esa carrera para vivir, forzado a ella por no tener otras accesibles en la época colonial; sabido es que desde 1810 dejó de funcionar el San Carlos, por que ya no hubo aspirantes a clérigos en Buenos Aires, aunque siguió habiéndolos en provincias.

La batalla empeñada por Rivadavia contra los resabios del espíritu colonial le acarreó no pocos sinsabores. Los elementos reaccionarios se contaron y comprendieron que eran los más. Fué ocasión para ello su reforma eclesiástica, que, en cierto modo, no puede juzgarse hostil al clero. Tendía a moralizarlo y dignificarlo: «La situación moral, económica y civil del clero, sobre todo del clero claustral, acumulado en los conventos, exigía la más seria atención del gobierno. La necesidad de reformar su organismo interno no podía ya aplazarse, en vista de los desórdenes, de los escándalos y aun de los asesinatos que tenían lugar entre los frailes corrompidos

---

(1) — López, «Hist. Arg.», IX, 99.

y desmoralizados, amontonados allí en vida común» (1). Era público que en los conventos vivían hombres de malos antecedentes y mujeres de costumbres licenciosas, vestidos con hábitos sacerdotales (2).

Ese episodio de simple policía de las costumbres, o de higiene moral de los conventos, fué convertido bien pronto en bandera reaccionaria contra el partido liberal, adquiriendo una importancia singular en la evolución del pensamiento argentino; en él vinieron a chocar las dos grandes corrientes de ideas nacidas de España y de Europa, la edad Media y la edad Moderna, lo colonial y lo argentino.

La historia de la Reforma Eclesiástica ha sido escrita con parcialidad bilateral por los apologistas de Rivadavia y por sus detractores, los católicos. Solamente el historiador López se encuentra en el caso de no ser rivadavista ni católico; por eso preferimos seguirlo para comprender la situación: «Así que la nueva política se acentuó con un partido liberal prepotente, con hombres de otras ideas y trayendo en pos de su influjo una juventud audaz y ardorosa por figurar, los notables de la vieja burguesía colonial, que habían mirado la Revolución de Mayo como una simple conquista del poder soberano y no como un trastorno de principios que pudiera dejarles sin papel ni influjo en el nuevo Estado, iban quedando rezagados; mientras que los literatos de palabra y de estilo, los informados en las novedades del siglo, los abogados publicistas, que al favor de la época tomaban posesión en todas las manifestaciones de la opinión pública, en la prensa, en el foro, en el teatro y en las ramificaciones de la vida social, ejercían mayor influjo moral sobre la opinión que esos viejos, de doctrina más que de años; y se produjo en ellos un movimiento lento de retirada y de concentración en el gremio donde tenían sus intimidades, que poco a poco se iba caracterizando como partido».

«La reforma era más necesaria, porque el clero criollo culto se había metido en política, revolucionario, hartó de obedecer».

---

(1) — V. F. López: «Hist. Arg.», Vol. IX, 117.

(2) — López, IX, 120; Zinny: «Hist. de los Gobernadores», II, 182; Saldías: «Hist. de la Conf.», II; J. M. Ramos Mejía: «Rosas y su tiempo», I, cap. 8; etc.

cer a los obispos y dignidades que venían de España. Ese patriotismo los llevó con entusiasmo a confundir sus ideas y sus propósitos con el liberalismo civil de la causa nacional; y sus miembros más conspicuos acabaron por abandonar también los servicios sacerdotales, hasta quedar sin más carácter que el de hombres públicos, ministros, diplomáticos y oradores parlamentarios: notables en todo sentido como personajes políticos, y consagrados en su mayor parte a la defensa del organismo social y de los principios liberales» (1). Esta absorción del clero criollo culto por la política, había puesto los servicios sacerdotales en manos de la escoria del gremio, muchos extranjeros, los más de los cuales españoles, que rompieron la disciplina y violaron el más elemental decoro, a punto de que «muy pronto se hizo notorio que en las casas de los regulares tenían lugar escándalos y vicios abominables». Muy luego «la impunidad garantida por el desenido y por el fuero eclesiástico, aumentó a tal extremo el licencioso estado de los conventos, que no sólo orgías sino riñas y asesinatos a puñal tenían lugar allí dentro por causas torpes. Convertidos además en hoteles francos y gratuitos, no solamente los frailes de otras provincias y procedencias, sino los que no lo eran — y los que no podían serlo por el sexo — vestían el hábito para entrar, alojarse ausentarse a su antojo, sin dar cuenta ni razón de los motivos con que lo hacían. A título de mentida pobreza y de devociones propiciatorias, llevando en las manos pequeñas imágenes de santos con alcancías, los frailes explotaban la piedad de las gentes vulgares y recogían limosnas, no sólo de dinero, sino de aves y de cuanto podía servirles para la vida holgada y de sátiros que hacían dentro y fuera de los conventos» (2).

Mientras estos espectáculos se desenvolvían en el bajo fondo eclesiástico, los clérigos que pertenecían a la clase ilustrada y decente abandonaban el servicio del altar para servir la causa de la patria, sin más excepción que el pequeño grupo necesario para ocupar las altas dignidades eclesiásticas que ya no

---

(1) — V. F. Lopez: «Hist. Arg.», IX, 118.

(2) — V. F. Lopez: «Hist. Arg.», IX, 119.

se proveían con españoles. En provincias, naturalmente, no ocurría lo mismo, pues no habrían tenido horizontes los que dejaban el oficio.

No sorprende, por consiguiente, que dos «clérigos», don Julián Segundo Agüero y don José Valentín Gómez, fueran los puntales de Rivadavia, si se tiene el cuidado de agregar que no lo eran ya de la iglesia católica: «Desde su juventud ambos habían abandonado el servicio de los altares y vestían un traje enteramente civil» (1). Agüero, había sido, por largo tiempo, Lector de metafísica y de ética en el San Carlos, donde inició su curso en 1798; pero «había rehecho, desde 1808, toda su instrucción con las lecturas filosóficas y políticas de la escuela liberal francesa del siglo XVIII, sobre todo de Bentham, que era el oráculo de su tiempo» (2). En suma, «teólogo consumado al principio de su carrera, pero que había variado de rumbo más tarde, y que había aceptado con seriedad las teorías políticas y sociales de los filósofos del siglo» (3), no tuvo ni la debilidad de los últimos momentos, pues murió recomendando: «nada de... misas de cuerpo presente» (4). Por esos datos, no es de extrañar si Agüero y Gómez, en 1820, «miraban a Funes con un menosprecio poco disimulado y contaban poco con él» (5), teniéndole por falto de carácter, intrigante y enemigo de todas las libertades políticas, civiles y religiosas que ellos perseguían.

Se embrolla la historia, pretendiendo velar las disidencias de opiniones filosóficas (que, en política, significan religiosas) entre los hombres y los partidos. Sirven mal a la causa liberal los historiadores liberales que pretenden negar carácter anticlerical a la política de todos los logistas, desde San Martín y Alvear hasta Pueyrredón y Rivadavia, porque asistían a tedéums oficiales y respetaban al clero públicamente; y sirven peor a los intereses del catolicismo aquéllos historia-

---

(1) — V. F. Lopez: «Hist. Arg.», IX, 604.

(2) — V. F. Lopez, IX, 581.

(3) — V. F. Lopez, IX, 354.

(4) — V. F. Lopez, IX, 121.

(5) — V. F. Lopez, IX, 676.



dores católicos que procuran demostrar que el partido liberal no era liberal porque en sus filas estaba una parte del clero argentino.

Olvidan los primeros que bajo el nombre de Cristo y del Cristianismo se han desenvuelto todas las más firmes herejías anticatólicas, desde el Protestantismo hasta el Anarquismo; y olvidan los segundos que León XII había anatematizado la revolución de la independencia, incitando a los obispos y a los clérigos a que predicaren y levantasen las masas contra ella (1). Aquellos liberales cristianos eran herejes preavidos; estos clérigos argentinos eran católicos excomulgados por la Iglesia.

Tal fué, en su esencia, la contienda que desencadenó al partido reaccionario contra el liberal, a las provincias españolas contra la ciudad europeizante, a Rosas contra Rivadavia.

Las cosas cambiaron bruscamente con la renuncia del gobernante que había comenzado en actitud de Carlos III y se proponía continuar en la de un Benjamín Constant. Las ideas coloniales y los intereses conservadores tenían demasiado arraigo fuera de esas cultas minorías urbanas que comprendían la «argentinidad», tal como la habían pensado todos los liberales durante quince años y a través de incontables vicisitudes.

El inmenso país no estaba preparado para esas novedades, ni compartía las audacias de los hombres que por vivir en el puerto conversaban con el mundo. El país colonial sentía, deseaba y necesitaba a un Rosas, para librarse de esa minoría perturbadora. Y, pues lo deseaba, lo tuvo.

#### IV - El ideologismo en la Universidad argentina

No es posible asegurar que todo había cambiado en el Colegio de la Unión del Sur, con su transformación en Colegio de Ciencias Morales, anexo a la Universidad, en Mayo de 1823. Muchos antiguos dómicos de la escuela colonial enseñaban

---

1) -- V. F. Lopez, IX, 615.

latín o cánones, sin que nadie osara quitar su mendrugo a esos viejos venerables que vivían de sus cátedras «sin meterse con nadie», es decir, en política. Regenteaba la de latín de mayores el doctor Mariano Guerra, «latinista memorable, profesor formal y espiritual al mismo tiempo, y tan amable que se le miraba como a un amigo lleno de atractivos». López, que fué su alumno en 1827, nos ha dejado en su «Autobiografía» un precioso cuadrito de su clase de latinidad en la época de Rivadavia.

«Había en aquella clase 86 alumnos. El profesor no se sentaba, andaba de uno a otro extremo, enseñando y vigilando. Había alumnos de todas marcas, y mucho «guarangaje» por las grescas de los partidos. Solía aparecer por allí Rivera Indarte vendiendo un periódico manuscrito suyo, lleno de calumnias e insultos a profesores y estudiantes. Tendría entonces 16 o 18 años. Cuando los injuriados lo pillaban lo molían a palos y moquetes; y cuando huía lo corrían en tropel. Hubo vez que, no pudiendo escapar, se metió en la playa con el agua a la rodilla; mientras que los de lo seco lo lapidábamos: yo era de los chicos, figuraba en el montón; los jefes que hacían la justicia eran los grandes: Rufino Varela, Eguía y muchos otros. Desde entonces este Rivera Indarte,—un canalla, cobarde, ratero, bajo, husmeante y humilde en apariencia, cuya nueva nadie sabía,—tenía mucho talento y un alma de lo más vil que pueda imaginarse. El retrato que Saldías hace de él es exactísimo.

«Teníamos la clase en un gran salón de cincuenta varas de largo, que ahora está incluído en el convento de San Francisco. Las paredes tenían más de un metro y medio de espesor, de manera que entre los bancos y la reja de cada ventana quedaba ese amplio espacio a la espalda de los alumnos. He visto un día guarnecer bien el banco de frente para cubrir el espacio, y ceñar en éste dos gallos de riña pertenecientes a dos alumnos galleros que hacían la apuesta. Como era natural, se despertó la inquietud y la excitación de los cercanos. Al pasar el señor Guerra lo notó y descubrió la riña; con la mayor tranquilidad y buen humor, sacó un pañuelo, lo amarró a los gallos por el cuello, y los colgó en

el cuello de los protagonistas, parados en uno de los extremos del salón. Aquello fué una fiesta; pero terminada la clase, mandó cada uno de los culpables al encierro por cuatro horas, y los gallos fueron de regalo al convento de San Francisco. Continué en esa clase todo el año 1827, leyendo autores latinos.»

El espíritu nuevo de la Universidad estaba en los departamentos superiores, en Derecho, en Ciencias Físicas y Matemáticas, en Medicina, señalándose en cada Escuela algunos profesores revolucionarios, todos inspirados en una misma orientación filosófica: el sensacionismo, derivado natural de enciclopedia, que ponía la experiencia como base natural de todo conocimiento.

Pero donde más vivamente se notaba el cambio, temerario, herético, era en la enseñanza de la filosofía: su aula tenía muy distinto aspecto que la de latín regentada por el doctor Guerra; acudían a ella jóvenes ajenos a los cursos y se agitaban ideas inquietantes. Se preparaba la página más singular de toda la historia universitaria argentina.

Al organizarse el personal docente de la Universidad, ocupó la cátedra de filosofía en el Colegio de ciencias morales el doctor don Manuel Fernández de Agüero, otrora alumno del San Carlos y ex profesor de esa materia en el mismo colegio (1805-1806). De su antiguo curso conservóse el texto latino; era pedestre y no difería de la escolástica profesada por sus colegas, aunque brillaba por alguna erudición.

Pocas noticias se tienen de su vida en el período que corre de 1806 hasta 1822. Al cerrar sus lecciones en el Colegio de San Carlos fué llamado al ministerio parroquial, a cuyas tareas se contrajo exclusivamente hasta después de la revolución. Así, el 26 de Diciembre de 1808, en el casamiento de Carmen Liniers, hija del virrey, con el mayor Juan B. Périchon, aparece celebrando el acto en la catedral y con licencia del obispo, Fernández de Agüero, cura de Morón (1). Es seguro que poco después de la revolución de Mayo se retiró de la vida activa y del servicio del altar, pues tuvo ocasión

---

(1) — Groussac: «Liniers», 276, nota.

de estudiar las doctrinas de la enciclopedia y el movimiento filosófico ideologista. Nadie ha podido contarnos las luchas por que atravesó su espíritu; el resultado no tardó en ser visible.

El sucesor de Lafinur mostróse mucho más radical que el poeta proscrito, aventajándole en ilustración, en claridad de ideas y en espíritu de sistema. El 14 de Marzo de 1822 ocupó la cátedra y desde la primera lección pudieron comprender los escolásticos que esta vez no se encontraban en presencia de un joven entusiasta, sino de un maduro e inflexible pensador.

Sus nuevas lecciones fueron impresas en dos volúmenes (1824-1826), con el título: «Principios de ideología elemental» (abstractiva y oratoria). Van adelantadas a la instrucción de los jóvenes en un curso bienal de filosofía que comprende: 1º Lógica; 2º Metafísica; 3º Retórica». Juan María Gutiérrez señaló el carácter de la obra de Agüero, sin juzgar el valor de sus doctrinas con relación a la psicología europea de ese tiempo. El doctísimo señor Groussac, en su noticia biográfica sobre Diego Aleorta, ha visto en la obra un simple anticlericalismo de fraile renegado, juicio que no compartimos.

La «Ideología» de Agüero, con relación a la época y al medio en que fué escrita, es un manual eximio de filosofía racionalista; y con relación al ambiente propio de su escuela, podría llevar la firma de cualquiera de los discípulos de Destutt de Tracy. Escrita con admirable claridad de estilo, perfectamente coordinadas sus ideas particulares dentro del concepto general que la orienta, desenvuelta con un rigor sistemático difícil de superar, es un texto que no puede leerse sin respeto, sean cuales fueren las propias doctrinas del lector.

Fernández de Agüero no es un simple discípulo de Condillac, ni mucho menos de Descartes, a quienes conoce a fondo y comenta con sagacidad. En muchas cuestiones se aparta de ellos y los refuta, siguiendo a la escuela ideologista. Los puntos de vista aceptados por la psicología biológica y la filosofía natural en nuestros últimos cincuenta años, están netamente planteados por Agüero, no como vagas intuiciones, sino como

ideas definidas dentro de un sistema coherente y unitario. Su ilustración es vasta y su horizonte mental es el de un verdadero filósofo; cuando se asoma a la economía o a la moral no se desvía de su sistema, señalando a Bentham y a Holbach como los maestros mejor encaminados. Por la unidad y claridad de sus ideas, merece contar entre los secuaces más firmes de Cabanis y Destutt.

Es mucha responsabilidad juzgar así a un pensador desconocido y mal juzgado; digno es de un estudio particular, en el que se examinen sus ideas precisas sobre la relatividad del conocimiento y el carácter contingente de las verdades humanas, sobre la importancia de las sensaciones internas u orgánicas frente a las externas en la formación de la personalidad consciente, sobre la interpretación histórica de Jesucristo y su rango como filósofo humano, sobre el valor de la voluntad en sus relaciones con los sentimientos morales, sobre la insuficiencia de las ideas teológicas como fundamento de la moral, etc., etc. El estilo sintético, y por momentos apodéctico, permite a Agüero decir cosas interesantes en pocas líneas o palabras. Si hubiese leído al magnífico Helvecio, diríamos que se inspiró en él directamente; pero, además de no citarlo, ello no resulta verosímil leyendo la «Ideología» del filósofo argentino, que no es un simple resumen del tratado homónimo de Tracy.

Refiere el Dr. Juan M. Gutiérrez que el curso de Agüero sacudió hondamente la vida inicial de la Universidad; puso gran firmeza en exponer sus doctrinas y se atrajo decididamente a la juventud. En cambio los teólogos y canonistas de espíritu colonial la emprendieron contra él, llegando en 1824 a reunirse el claustro universitario para juzgarlo «por herejes». El 30 de julio Agüero encontró cerrada el aula en que dictaba sus lecciones, por orden del rector Sáenz; este funcionario se apoyaba en «la naturaleza impía de las doctrinas enseñadas», patentizada por la impresión del curso. Protestó el catedrático y el gobierno sostuvo la dignidad del profesor contra los intolerantes; en decreto del 2 de agosto declaró a Agüero «en libre ejercicio de sus funciones» e hizo constar que procedería «evitando siempre toda determinación contra la persona del refe-

rido catedráticos», y que «en materias de esta naturaleza nada es más peligroso que el suscitar pasiones que luego extravían la razón y depravan los sentimientos más santos con daño incalculable de la moral y de la ilustración pública». Lleva ese decreto la firma de Manuel J. García.

Sostúvose Agüero en su cátedra contando con la sagacidad y apoyo de Rivadavia, que simpatizaba con sus ideas. Pero al caer ese estadista, sus enemigos no escatimaron a Agüero persecuciones. El partido político que subió al poder después de la presidencia de Rivadavia calificó la enseñanza del doctor Agüero de perjudicial a la causa pública, fundándose en razones consignadas en un largo escrito de aquella época; esa opinión adversa a las doctrinas del innovador pierde toda importancia, por la pasión política que la inspira. Es un arma de partido esgrimida, sin mayor destreza, por la mano que se disponía a borrar hasta el último vestigio de la administración juzgada ya por la opinión del país de la manera más honrosa. El mensaje del gobernador Dorrego, presentado a la Legislatura en Septiembre de 1827, provocó una «Respuesta», publicada por algunos unitarios, a la que muy pronto siguió una «Impugnación de la Respuesta» netamente contraria al libelismo y en que se notaba la mano de los viejos dialécticos de factura colonial. En ese documento se condenaba la enseñanza impía de Fernández de Agüero, ridiculizándose a Rivadavia por ser «amigo, compadre y contertulio del sorprendente» catedrático de filosofía. Mostrábase, por otra parte, que con motivo de la pequeñez del local destinado para casa de la Universidad (en el noviciado de franciscanos), funcionaban las clases de física y de química en el convento de Santo Domingo. «Este hecho — observa Gutiérrez — pone por sí sólo de manifiesto el vuelco sustancial que en ideas y en el orden económico había dado nuestra sociedad por los esfuerzos inteligentes de Rivadavia y de sus partidarios; los conventos se habían convertido en escuelas de ciencias naturales y de aplicación; sus antiguos y escasos moradores, exelastrados por su voluntad, seguían viviendo del culto, mezclados a la actividad de la vida» (1).

(1) — Gutiérrez: «Las restauraciones religiosas», en Rev. del Rio de la Plata, XI, 414.

Ellos eran los que encendían la hoguera en que hubieran deseado quemar al herético Fernández de Agüero; ellos los que iniciaban con Derrego la reacción clerical que acabaría de consumir Rosas, entregando la Universidad a los jesuitas. Su primer triunfo fué de mal augurio: el filósofo renunció su cátedra en 1827.

Análoga evolución de la enseñanza superior fué muy pronto sentida en el dominio de las ciencias físico-matemáticas, cuyos orígenes en el país han sido recientemente examinados (1). En Buenos Aires, los primeros estudios de esa índole, aplicados a la navegación, fueron auspiciados en 1779 por el Consulado, siguiendo la inspiración de Belgrano. La academia náutica tuvo existencia regular y esas disciplinas fueron desigualmente enseñadas hasta su incorporación a la Universidad. En los estudios coloniales la Física general constituía la segunda parte de la filosofía; para juzgar de su insignificancia nos quedan la ya citada obra de Elías del Carmen (Córdoba, 1784) y el manuscrito del curso de Diego Estanislao Zavaleta (Buenos Aires, 1805). En vida del San Carlos, hasta 1817, la física continuó figurando como segunda parte de la filosofía. Al fundarse la Universidad se encargó la enseñanza de las matemáticas a Senillosa, que desde 1816 dirigía la Academia nacional de matemáticas.

El barcelonés Felipe Senillosa, educado en la Academia de ingenieros de Alcalá de Henares, vino a Buenos Aires en 1815 y se vinculó a nuestra enseñanza. Era discípulo de Condillae y de los ideologistas: «llegaba armado de una palanca en cuyo poder tenía una fe ciega — el análisis — único aparato de lógica y de investigación en todos los libros elementales que compuso. Aplicó el análisis hasta sus últimas consecuencias en las materias políticas o sociales, en el estudio de los idiomas y en sus programas de ciencias exactas» (2). En 1813 había compuesto una gramática general, que mereció la aprobación de Destutt de Tracy y hubo de publicarse en París, aplicada a dis-

---

(1) — Nicolás Besio Moreno: «Sinopsis histórica... de la Enseñanza de las matemáticas y de la física en la Argentina». 1 vol. de 360 pag., Buenos Aires, 1935.

(2) — Gutiérrez: (Origen,) etc.

tintos idiomas. En Buenos Aires, (1817) publicó su primera gramática por la imprenta de los niños expósitos; en el prólogo reitera su adhesión a los principios del sensacionismo y dice que para escribirla «cerró sus libros, y replegándose *dentro de sus sentidos*, fué a buscar la marcha de *las ideas*, el verdadero ser de las palabras». Actuó en otras ramas de la enseñanza pública, distinguiéndose especialmente por el «Programa de un curso de geometría», redactado en 1823 y editado en 1825 por la imprenta antes mencionada; acerca del criterio que inspiraba ese trabajo, nos informa plenamente el artículo publicado en la «Crónica política y literaria de Buenos Aires» (julio 31 de 1827), con motivo de la carta escrita a Senillosa por Suzanne, profesor en el Colegio Charlemagne, de París. «El señor Senillosa ha adoptado el procedimiento explanado por Mr. Suzanne en su «Métodos de estudiar las matemáticas», y que no es otra cosa que la aplicación del de Condillac en su «Investigación del origen de los conocimientos humanos». Este gran metafísico, al indicar las operaciones que deben practicarse en la descomposición del pensamiento, demostró cuán estéril y peligroso es un método que invierte el orden en la generación de las ideas. Lo miraba como el mayor obstáculo que se habría opuesto a los progresos de las ciencias, y que el origen de las ideas innatas de los cartesianos, de las ideas de Dios de Malebranche, de la armonía preestablecida y de las mónadas de Leibnitz y de todos los delirios que han detenido por espacio de tantos siglos el vuelo del espíritu humano. Basta con aplicar la antorcha del análisis al tenebroso aparato de axiomas y definiciones, para destruir esa armazón construída por la vanidad y la ignorancia, y que nosotros tuvimos la debilidad de heredar respetuosamente. Los buenos sistemas están fundados en la experiencia. Este gran principio proclamado por Bacon, adoptado por Locke, y desenvuelto por todos los filósofos del siglo xviii, es el que ha dado tan fuertes impulsos a la inteligencia, y el que ha abierto el camino a tan importantes descubrimientos en todos los ramos del saber. El señor Senillosa merece los aplausos de todos los aficionados a la ciencia, por haberse unido a los que han cooperado a esta gran revolución, y sostenido el método experimental que, manejado con destreza, debe facilitar



la adquisición de los conocimientos más abstractos a los entendimientos sanos y capaces de atención.» El autor de esta noticia nos parece Pedro de Angelis, editor del periódico conjuntamente con José Joaquín de Mora.

Por cierto vuelo en las ideas generales merece mencionarse especialmente el discurso inaugural de la clase de matemáticas, pronunciado por el catedrático Román Chauvet, el 6 de marzo de 1822; no conocemos ningún documento similar, en la enseñanza argentina de esa época, que le aventaje. La preocupación por el estudio de las ciencias experimentales determinó al gobierno a proveer de un laboratorio de física y química, espléndido para su tiempo; en él enseñaron dos físicos italianos, Pedro Carta (1826-1828) y Octavio Fabricio Mossotti (1828-1834). En la cátedra de matemáticas sucedió, en 1827, a Chauvet un discípulo de Senillosa, de igual filiación filosófica: Avelino Díaz, (1800-1831), que alcanzó gran fama como catedrático.

Adoptó en su enseñanza las ideas de Senillosa, inspirándose, como él, en las doctrinas de la escuela ideologista; ponía la experiencia como fundamento de todo conocimiento humano y sus métodos se derivaban del sensacionismo de Condillae. Su muerte prematura privó a la Argentina de un verdadero hombre de ciencia. Merece transcribirse una de las páginas biográficas que le dedica Gutiérrez: «Ajeno a toda rutina, entregado al estudio de la observación y del cálculo, profundo y respetuoso admirador de las leyes que gobiernan el mundo en el orden material y moral, poseía el sentimiento de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno en grado eminentes».

Más esenciales que esos elogios, son, sin duda, estas profundísimas reflexiones, dignas de ser repetidas en todos los tiempos, mostrando el contraste entre las «ciencias de papel» y las «ciencias de la naturaleza»; pues no es lo mismo, para el porvenir intelectual de una nación moderna, que se enseñe a revestir de pompas verbales la ignorancia o que se enseñe a observar y experimentar modestamente la naturaleza.

«Maciel, Chorroarín, Achega, Sáenz, todos cuatro dignísimos sacerdotes a quienes tanto deben las letras y la enseñanza pública, no pudieron nunca prescindir de sus (propios) antecedentes. Por grandes que fuesen sus talentos, por aplicados

que fuesen siempre a seguir el movimiento de las ideas en el progreso de los tiempos, unos se encontraban atados a las consideraciones de su estado, y otros a las formas y a las disciplinas escolares en que habían brillado hasta doctorarse en sagrada teología. Todos ellos eran ajenos a las ciencias de observación, al cálculo, incapaces de manejar un instrumento de física y de geodesía; y, naturalmente, bajo su influencia no podían menos que desarrollarse más de lo necesario los estudios puramente eruditos en los cuales se buscaba la verdad por medio de aparatos lógicos artificiales, pagando considerable tributo a la vanidad y a la ostentación que envilecen a la verdadera ciencia.

«Díaz estaba llamado a dar una dirección más acertada a las inclinaciones juveniles en el cultivo de la inteligencia. Ayudado de hombres como don Diego Alcorta, vaciados en un molde idéntico al suyo, habría dado tal rumbo a los espíritus y tal dignidad a las funciones docentes que nos hubiesen levantado a una altura notable en el plan y en los frutos de la instrucción superior» (1).

En la enseñanza jurídica se manifestaron, desde el primer momento, tendencias innovadoras, en pugna con el antiguo espíritu dialéctico y leguleyo heredado de las aulas coloniales.

En 1822 el gobierno nombró primer catedrático de Derecho Natural y de Gentes, a Antonio Sáenz, viejo rutinario y atrasadísimo, que seguía enseñando disparates aprendidos en las universidades coloniales. En cambio, la cátedra de Derecho Civil fué provista con el eminente Pedro Somellera, quien la ocupó desde 1822 hasta 1830, con gran aprovechamiento de los estudiantes; las ideas de Quesnay y de Adam Smith, que ya se habían difundido en Buenos Aires, fueron complementadas por las doctrinas de Bentham, que Somellera introdujo. El doctor don Vicente López, nombrado primer catedrático de economía política, no entró en ejercicio; el segundo fué don Pedro José Agrelo, que de 1823 a 1826 siguió la misma orientación de Somellera, aunque más directamente influenciado por James Mill;

---

(1) — Gutierrez: (Origen, etc.)

en 1826 pasó a enseñar Derecho Natural (1). Los nombres de Somellera y Agrelo son los más ilustres de la Escuela de Jurisprudencia en esa época; frente a Sáenz, a don Lorenzo Torres y a don Rafael Casagemas, ellos representan el espíritu de libertad y de progreso. Gracias a ellos en la enseñanza jurídica de las universidades argentinas, se puso de relieve el contraste entre la mentalidad revolucionaria de Buenos Aires y la mentalidad conservadora de Córdoba. Sarmiento la ha sintetizado en una anécdota más elocuente que todo un libro: «Por qué autor estudiaban ustedes legislación allá?, preguntaba el grave doctor Gigena a un joven de Buenos Aires.—Por Bentham.—¿Por quién, dice usted? ¿Por Benthamcito? señalando con el dedo el tamaño del volumen en dozavo en que anda la edición de Bentham... ¡Já! ¡já! ¡já!... ¡Por Benthamcito! En un escrito mío hay más doctrinas que en esos mamotretos. ¡Qué Universidad y qué doctorzuelos!—¿Y ustedes, por quién enseñan?—¡Oh! ¡el cardenal de Luca!... ¿Qué dice usted? ¡Diez y siete volúmenes en folio! (2).

Adviértase que de 1825 a 1830 ocupó el rectorado de la Universidad don José Valentín Gómez, liberal probado y de ideas firmes, quien desde 1808 había renovado toda la instrucción escolástica adquirida en Córdoba, entregándose «a las lecturas filosóficas y políticas de la escuela liberal francesa del siglo xviii y por sobre ella de Bentham, el oráculo de su tiempo» (3). No es de sorprender, en suma, que Bentham hubiese adquirido, en esa época, el valor de un símbolo del espíritu innovador en las ciencias sociales.

A pesar de la reacción consecutiva a la renuncia de Rivadavia, la idea de que la experiencia es base natural de las disciplinas filosóficas, había penetrado en el nuevo ambiente universitario; parecía menos insensata que en tiempos de Lafinur y de Agüero. Signo de ello fué, en 1828, la ascensión de un

---

(1) — Ver: J. M. Gutiérrez: (Orígenes, etc.); C. O. Bunge: «Historia del Derecho Argentino»; V. F. Lopez: «Autobiografía»; A. Pestalardo: «Historia de la Enseñanza de las Ciencias Jurídicas y Sociales en Buenos Aires»; S. Baqué: «Evolución del pensamiento de Alberdi hasta las Bases», etc.

(2) — Sarmiento - «Facundo», 109.

(3) — V. F. Lopez - «Historia Argentina», IX, 606.

médico a la cátedra de filosofía: el doctor Diego Alcorta (1828-1842). Este hecho, frecuente en las universidades contemporáneas, era excepcional en esa época, aun en Europa. Considerábase al profesor de filosofía como un hábil dialéctico dedicado a explicar toda cuestión que fuera evidentemente inexplicable, reuniéndose tales cuestiones con el nombre de ideología o metafísica; admitíase, en algunos casos, que tuviera el filósofo algún barrunto de ciencias, pero se descontaba que serían ciencias matemáticas y nunca ciencias biológicas, sociales o físiconaturales.

Con Alcorta la enseñanza de la filosofía se mantuvo ideologista, con más de Cabanis que de Tracy. La psicología pasó a ser el fundamento de las otras disciplinas filosóficas, apartándose el profesor de los problemas dialécticos que por ese entonces constituían la metafísica. Alcorta imprimió a la psicología un sello marcadamente fisiológico, acordando especial importancia al estudio de los órganos de los sentidos; adviértese fácilmente que nunca perdió su contacto con los adelantos de la ciencia europea. En 1823 había entrado a cursar estudios superiores en el Departamento de medicina, diplomándose en 1827; su tesis doctoral sobre la «manía aguda» es un breve trasunto de las nuevas ideas que Pinel y Esquirol (ambos de la escuela ideologista) habían agitado en Francia. Tiene interés histórico, por ser el primer trabajo de patología mental publicado en el país y por un argentino. A través de los alienistas citados sintió la influencia de Condillac, cuyo sensacionismo se refleja más tarde en sus lecciones. Obligado Agüero a renunciar, abrióse curso para proveer la cátedra de ideología, obteniéndola Diego Alcorta por unanimidad.

Sus lecciones, en el fondo, son tan heréticas como las del mismo Agüero, aunque de menor vuelo filosófico y exentas del estilo caluroso que caracterizaba a las de su predecesor. La circunstancia de que durante quince años no se le molestase por las doctrinas que enseñaba, demuestra que en las persecuciones a Agüero intervinieron factores de otra índole. Comparando los cursos de ambos, se advierte que Agüero fué elocuente y combativo, con un temible temperamento de apóstol, aparte de que su antigua experiencia ortodoxa le permitía ser

cuña del mismo palo cuando atacaba al dogmatismo; Alcorta, en cambio, tenía ideas parecidas, pero las difundía con prudencia y sin originalidad, guardándose muy bien de sacar las naturales consecuencias de las doctrinas que enseñaba. Este carácter acomodaticio le permitió enseñar su sensacionismo, teniendo por rector al mismo Sáenz, y continuar su curso durante el gobierno de Rosas, sin tomar partido en su favor, pero guardándose muy bien de tomarlo en contra. Pocos profesores de ese tiempo fueron más queridos por sus alumnos; su prestigio mundano era tan grande como su influencia sobre la juventud.

Alcorta se enteró de Condillac en Destutt y Cabanis, además de sus dos alienistas favoritos. Conocía a Locke, Bonnet y algunos enciclopedistas. De los filósofos antiguos sabía muy poco; sobrárale para ello la lectura de la «Historia de la Filosofía» de De Gérando, intermediario entre el ideologismo y el eclecticismo, autor que alcanzó a conocer.

Su enseñanza fué discreta para su medio, sin tener la audacia que ponía en la suya Lafinur, ni la firmeza y el talento que Fernández de Agüero. Todos los que fueron sus alumnos antes de 1840 lo han recordado con cariño y algunos con veneración; ello prueba su bondad. Su carácter ha sido muy diversamente juzgado; acaso se prestara a ello después de esa fecha. Quien le tiene por austero y quien por manso: que es el peor de los defectos en quien tiene cargo de educar a la juventud.

Con Diego Alcorta se interrumpe en Buenos Aires la influencia de los «ideologistas» franceses. En Francia ya habían sido suplantados por los ecléticos, a favor de la reacción política y religiosa que veía, con razón, en aquéllos, a los continuadores de los enciclopedistas y a los verdaderos filósofos de la revolución francesa.

Los de Buenos Aires fueron, igualmente, los continuadores del espíritu de la revolución argentina; y para que el destino de unos y otros fuese el mismo, como lo habían sido su origen enciclopedista y su función en el pensamiento revolucionario, ocurre en nuestro país una reacción política y religiosa similar

a la francesa, con esta diferencia esencial: mientras en Francia los eléticos restauran el predominio de la tradición cartesiana, en la Argentina son llamados los jesuitas para restaurar la escolástica hispano-colonial. La diferencia era legítima: la reacción conservadora en Francia era bien distinta de la que Rosas representó en nuestro país. Cada país «restauraba» lo que antes había tenido.

JOSÉ INGENIEROS.

